

LAS AGONÍAS

Por Andrés Sabella

Joaquín Cifuentes Sepúlveda O LA SOLEDAD.

Ráfaga de duelo, corazón en ruinas, Joaquín Cifuentes Sepúlveda vivía para dar a las colinas del canto una cruz y un lamento. Era la soledad encarnada, el girón de una tarde sin orillas. Los libros suyos parecen los testamentos de un ángel atrozmente solo y carcomido: "Letanías del Dolor", "Esta es mi Sangre" "Noches", "La Torre". diferentes todos a la alegría, acaso la única, de la mujer tomada y exaltada de "El Adolescente Sensual", (1930). donde una finísima noche de ópalos es el tálamo y la Poesía:

"Dormida, te contemplo, crepúsculo sonriente".

Vivía Cifuentes Sepúlveda como una roca traspasada de pájaros; era una página abandonada en las márgenes del cielo; sus poemas acusan un desamparo mordiente "Oración para el Amor no se me Vaya", "Queja del Hombre Solitario", y hasta en poemas gozosos esta angustia de sombra y de silencio:

"Marchate silenciosa sin preguntarme nada". (Novia)

La soledad fué la rosa deshecha del corazón de este poeta. Cuando el azar, lejos de la patria, volcó la dulzura de una mujer en sus manos, como un cofre lleno del oro del otoño, Cifuentes Sepúlveda vislumbró "La Casa de la Plenitud", "El Goce Mag-

no". Cifuentes Sepúlveda fué mediodía de "varón exaltado" y amó en la mujer querida, el otro pedazo de su destino, el que cerraba esa herida de fría cámara que era su llaga. Por eso es que frente al delirio de sus manos y sus pechos, sólo atinó a cantar, como una tempestad destacada, y a defender esa porción de sol que iluminaba sus sienas; así, su ruego nos desgarró todavía:

"Dame, Señor, que nunca este amor se me [aparte
no tengo más, mis manos están siempre va-
[cías".

Pero el amor le fué fiel, y la mujer que le vistió para la eternidad defendió su canción más allá de la muerte: "El Adolescente Sensual" se publicó bajo su celo y sus afanes; Augusto Santelices supo, en su hora reconocerlo: "Demos nuestra gratitud a la mujer de tierra extranjera que tan valerosa y dulcemente ha guardado su herencia de recuerdos y ha amarrado para siempre a nosotros la presencia de Joaquín". El último vaso de amor retendría la imagen de sus sueños. En un antiguo poema, el poeta había temblado por el hijo que nacería quién sabe cuándo y en qué vientre: "El Adolescente Sensual" había de ser el hijo gallardamente ergido; y el vientre, una comprensiva mansión de luz y vida: "El Adolescente

